



Juan Rulfo. (Fotografía: Paco Junquera/Cover/Getty Images)

Pedro Páramo,
agua disuelta en la eternidad

Leopoldo Lezama

Emmanuel Carballo y *La amortajada*, un aporte

En diciembre del año 2006, cuando estaban por cumplirse 90 años de Juan Rulfo, el crítico Emmanuel Carballo me recibió en su casa para contar su experiencia con *Pedro Páramo*. En aquellos años, Carballo recién había llegado a la ciudad de México y compartió con Juan Rulfo el tercer ciclo de becarios del Centro Mexicano de Escritores, de septiembre de 1953 a junio de 1954, periodo en que Rulfo escribió la célebre novela. En aquel grupo también estaba un viejo amigo que había sido su editor en la revista *Pan* de Guadalajara una década antes: Juan José Arreola. Los primeros registros de la elaboración de la novela, cuya concepción, según Rulfo, data de 1939, han quedado asentados en los archivos del CME. En un primer informe correspondiente al mes de septiembre del año 1953, Rulfo detalla que la novela se llamará *Los desiertos de la tierra*. El 1 de noviembre del mismo año, informa: “He realizado ya los primeros dos capítulos de la novela, aunque no en forma definitiva, pues algunas cosas tienen que ser rehechas para dejarlos por terminados. Tengo también formados varios fragmentos de partes que irán en los capítulos subsecuentes”.¹ En el número 1 (enero-marzo de 1954) de la revista auspiciada por el Instituto Nacional de Bellas Artes, *Las Letras Patrias*, dirigida por Andrés Henestrosa, Rulfo publicó como “Un cuento” lo que posteriormente sería la primera secuencia de la novela definitiva: “Fui a Tuxcacuexco porque me dijeron que allá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo.” Salvo el cambio de nombre y lugar (“fui” por “vine”) por razones estéticas, el fragmento es el mismo.

Son los primeros meses de 1954, y Juan Rulfo está redactando la novela que habrá de entregar en octubre al Fondo de Cultura Económica. Es aquí donde debemos ubicar el testimonio de Emmanuel Carballo, quien en marzo publicó en el número 7 de la *Revista Universidad de México*, “Arreola y Rulfo”, ensayo que por vez primera puso al escritor de Apulco en el primer plano de la narrativa mexicana: “Raros son los escritores, sea cual fuere el género que practiquen, que al publicar su primer libro ofrecen una obra madura, una voz propia [*El llano en llamas*]. Y más raros aún son aquellos que con el primer título inauguran o consolidan una válida aportación en el campo de las letras”. El sentido del texto manifiesta una gran admiración por el compañero becario, con quien compartía sesiones de lectura los miércoles por la tarde en un edificio de la calle de Yucatán. No obstante, la historia de Carballo con el autor y su novela va más allá:

—Yo me acuerdo que cuando escribí *Pedro Páramo* vivíamos en el mismo edificio, en Tigris 84 [...] Estábamos en el Centro Mexicano de Escritores. Él era una especie de supervisor y al mismo tiempo becario. Era una gente muy querida por Margaret Sheed, que era la directora, y quería mucho a Rulfo con sobrada razón, como escritor. Difícilmente había un par que se le pudiera poner enfrente. Estaba haciendo *Pedro Páramo*. Yo

¹ Archivos del CME.

corrégia pruebas para alcanzar a redondear mi presupuesto en el Fondo de Cultura Económica. Y me tocó corregir las páginas de Anderson Imbert, la *Historia de la literatura hispanoamericana*, y corrigiendo me encontré una escritora chilena, María Luisa Bombal, de 1920, y *La amortajada*. Y el señor Anderson Imbert no te analiza los libros, te cuenta las historias que cuenta cada libro, y gracias a eso vi que lo que estaba haciendo Rulfo era lo que hizo María Luisa Bombal. El personaje era Susana San Juan, era muy importante. No era un plagio y puedo asegurarlo, no era plagio, Rulfo no conocía la novela. Pasamos un día entero en la librería Robredo.

—De los Porrúa.

—Sí, de los Robredo. Eran Porrúa, Jerónimo y Rafael Porrúa. Ahí estaba la librería en el Centro Histórico, en Donceles, entre Guatemala y Argentina. Por fin lo encontramos. Rulfo se metió a su casa, lo leyó, no siguió adelante con el plan que tenía. Enloquece a Susana San Juan y surge, poco a poco, poco a poco, Pedro Páramo, hasta que es el personaje central de la obra. Y la otra es una loca, perdió la razón, la adora Pedro Páramo pero no puede desposarla siendo una loca. Cambia totalmente. Esa fue una aportación. Yo de ninguna manera diría que Rulfo era plagiarlo, que estaba plagiando a la Bombal. No, era una coincidencia².

Este hecho cobra validez si atendemos el mencionado informe del CME de noviembre de 1953, donde Rulfo añade un dato fundamental: “El nombre de la protagonista ha sido cambiado al de Susana San Juan, y el del personaje principal al de Pedro Páramo”. Esta especificación se debe a que originalmente se llamaban Susana Foster y Maurilio Gutiérrez. Lo esencial es el hecho de que “la protagonista” era Susana San Juan. En palabras de Rulfo se sostiene lo que afirma Carballo. Aún más, Carballo no fue el único que encontró relación entre la novela de la escritora chilena y la de Rulfo. El editor de la revista *Sur*, de Buenos Aires, José Bianco, en un homenaje realizado a María Luisa Bombal en 1984, tras cumplirse cuatro años de su muerte, mencionó:

² Lezama, Leopoldo, “Amo al escritor y me es indiferente el hombre”, entrevista con Emmanuel Carballo, *Viento en Vela*, Rulfo, medio siglo de su obra, año 2, número 1, México, Diciembre de 2006.

Borges hizo una crítica de *La amortajada* en el número 47 de *Sur*, el primer número de la revista preparado por mí. Allí decía que los libros de María Luisa Bombal eran esencialmente poéticos. Ignoro —continuaba Borges— si esa involuntaria virtud es obra de su sangre germánica o de su amorosa frecuentación de las literaturas de Francia y de Inglaterra. Lo cierto es que en *La amortajada* no faltan sentencias ni tampoco páginas memorables, pero que vastamente las supera el conjunto del libro. “Libro de triste magia, deliberadamente *suranné*, libro de oculta organización eficaz, libro que no olvidará nuestra América.”

He pensado en esta última frase de Borges, libro que no olvidará nuestra América, porque años, años después, conversando con un escritor mexicano de gran talento, menor que María Luisa, menor que yo, y autor de una obra tan breve como admirable, me dijo, creo recordar, que *La amortajada* era un libro que lo había impresionado mucho en su juventud. Ese escritor es Juan Rulfo. Quizá en *Pedro Páramo*, la novela de Juan Rulfo, podríamos discernir alguna influencia de *La amortajada*. En ese caso las palabras de Borges sobre la novela de María Luisa Bombal, nuestra amiga tan querida, habrían resultado proféticas.

La amortajada (1938) es una mujer que escucha, reflexiona y recuerda desde la tumba. La concentración poética del lenguaje, la sensación de atemporalidad y la propia estructura de los monólogos son muy parecidos a los que rodean a los muertos de Rulfo. Expongo brevemente un fragmento de la novela de María Luisa Bombal. La escena ocurre en la habitación donde están velando a la amortajada. Muy cerca del féretro, se encuentra una amante de la difunta que evoca tiempos pasados. Ella puede escuchar sus pensamientos:

—Ana María, ¿es posible! ¡Me descansa tu muerte!...

“Necesitaba tanto descansar, Ana María. ¡Me descansa tu muerte!...”

“Sí, volveré a gozar los humildes placeres que la vida no me ha quitado aún y que mi amor por ti me envenenaba en su fuente.”

“Volveré a dormir, Ana María, a dormir hasta bien entrada la mañana, como duermen los que nadie ni nada apremia...”



“Me sabías egoísta, ¿verdad?
Pero no sabías hasta dónde
era capaz de llegar mi egoísmo.
Tal vez deseé tu muerte, Ana
María...”

El lector tiene a la mano las dos obras.
Será él quien juzgue.

Agua disuelta en la eternidad

La obra maestra de Rulfo es universal porque es un poema narrativo sobre la condición humana. El mundo es ese lugar al que hemos llegado a presenciar cómo se deteriora la vida. *Por la puerta se veía el amanecer en el cielo. No había estrellas. Sólo un cielo plomizo, gris, aún no aclarado por la luminosidad del sol. Una luz parda, como si no fuera a comenzar el día, sino como si apenas estuviera llegando el principio de la noche.* La vida se parece más a ese cielo plomizo que a una luz esclarecedora; en la existencia, como en Comala, siempre está anocheciendo. Y los ruidos que llegan a rastras no pertenecen a nadie, son un espectro que surge para en seguida desintegrarse. Y las fuerzas que motivan al espíritu pronto envejecen; el amor deviene sufrimiento, la memoria, en olvido. *El día que te fuiste entendí que no te volvería a ver. Ibas teñida de rojo por el sol de la tarde, por el crepúsculo ensangrentado del cielo.*

Rulfo fue un escritor que comprendió la fragilidad del hombre frente al violento paso del tiempo. Quizás por eso prefirió un lugar donde el tiempo estuviera ya descuartizado; al menos ahí las almas hablarían sin el pesar de los recuerdos. Pero no, aquí no se oye nada, ni siquiera la lluvia. Ruidos callados, lágrimas, oraciones sin destino. *Oyes quejidos, risas, unas risas ya muy viejas como cansadas de reír. Y voces desgastadas por el uso. Todo eso oyes. Pienso que llegará el día en que todos esos sonidos se apaguen.* La vida, como el amanecer de

Comala, es brumosa. Y en el cielo se ven una cuantas nubes ya desmenuzadas por el viento que viene a llevarse el día; cielo entorpecido, cielo sin

aire que no escucha las plegarias. El mundo es ese sorbo de vida del que uno se deshace, un ruido sin forma como si hubiera sido pronunciado en el delirio.

Juan Rulfo fue un escritor sumido en el desánimo, porque vio que el fundamento de la vida es su propio exterminio; una flama a punto de consumirse, un sueño que habrá de disiparse con el primer fulgor del día. *Y entonces todo se queda quieto, sin tiempo, como si se viviera siempre en la eternidad,* diría Rulfo en “Luvina”. Porque los muertos aún tienen recuerdos y en el cielo del inframundo aún pueden verse las estrellas.

Los entes de Comala aún tienen deseos; su rencor, su tristeza, aún se escapan de las paredes; son agua despierta, agua disuelta en la eternidad. Más allá, ahí donde la noche solloza en una lluvia de estrellas, los muertos aún aman. Pero el amor de Pedro Páramo a Susana San Juan ha librado las fronteras que delimitan la realidad y la fantasía.

Más allá, ahí donde una mente maestra creó un pueblo que ha trascendido todos los tiempos, hay un hombre, desmoronado como piedras, que seguirá anhelando: *Había una luna grande en medio del mundo. Se me perdían los ojos mirándote. Los rayos de la luna filtrándose sobre tu cara. No me cansaba de ver esa aparición que eras tú. Suave, restregada de luna; tu boca abullonada, humedecida, irisada de estrellas; tu cuerpo transparentándose en el agua de la noche. Susana...*